

—Unos informes que me daba para ella.

—¿Respecto á?...

—Es muy oscuro. No he comprendido bien. Otro día me enteraré mejor y te explicaré de qué se trata.

—Bueno, pero si quieres creerme debes recibir lo menos posible á ese barón de contrabando.

—Nada de eso. Los Saint Aubin son de excelente familia, de una de los mejores del país.

—¿De qué país?

—De la Auvernia.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi marido lo afirma.

—¡Ah! Si tu marido le alaba es que se divierten juntos.

—¡Tía!

—Tu esposo no es perfecto tampoco; bien lo sabes, querida!

—¿Por qué me lo elegiste?

La tía oprimió los labios.

—Ese es mi remordimiento—declaró.—A veces me equivoco. Pero éste al menos tiene condiciones... Sabe ganar dinero... Se conoce de donde viene lo que gasta... No hay nada que decir de su honradez, mientras que la de ese barón...

La tía no concluyó.

Se apoderó de ella un acceso de ternura por su encantadora sobrina; la cogió la cabeza entre sus huesudas manos, y la dió un prolongado beso.

—Y además no te arruinaría él—añadió completando su pensamiento, mientras que ese pájaro... ¡la ruina, la calamidad más horrible que se puede entrever en ese medio burgués,

en donde el lujo es el primero de los bienes y el dinero la más deseada de las conquistas!

Saint-Aubin, al entrar en su casa, se sentía picado en lo más vivo por las ironías que parecían herirle aun los oídos.

Además, no podía menos de pensar en el espectáculo ligeramente excitante que había tenido ante sus ojos.

Era muy embriagadora aquella rubia, de formas verdaderamente exquisitas y cuya frialdad era un excitante más.

—Me he conducido como un novicio—pensó,—pero tomaré la revancha.

Apenas si se acordaba del asunto porque había ido al hotel Duprat.

Un papel azul que vió al entrar en su gabinete de trabajo, le recordó lo que los ojos azules de la señora Chagny le hacían olvidar.

Lo abrió con viveza y leyó:

«Bernardo Chavarux está en París. Pasante en casa del notario señor Merlin.

»PILET-DESBUTTES.»

Esto era una suerte.

—Muy bien—pensó el barón.—Mañana le veré.

## XVIII

### Un provinciano aprovechado.

El antiguo pasante del señor Pilet había llegado á París seis semanas después de la salida de Aubignac de Aurora Milton.

Los Chavarux habían llevado una vida lle-



na de privaciones hasta el día bendito en que por la gracia del señor Pilet Desbuttes había entrado el desahogo en la casa con aquella pequeña, á quien su abuela había bautizado con el nombre de Aurora Milton.

Para la descendencia de los Chavarux, esta había sido la primera etapa.

Bernardo Chavarux era ambicioso; quería tener millones, y no se conformaba con vivir metido en un rincón olvidado.

La partida del heredero de los Chavarux se había decidido en familia.

Después de la escena de las ruinas de Aubignac, el conflicto entre los jardineros y el propietario se había agriado.

La Claudina y su marido, en el fondo, daban la razón á su primogénito.

Quien quiere el fin, quiere los medios.

Los Chavarux querían acaparar su gallina de los huevos de oro, y su resistencia á las proposiciones del bravo Bernardo les parecían de lo más extraordinario. Era casi una locura.

Rechazar, cuando no se sabe de dónde se ha salido y no se tiene nada, á un pretendiente vigoroso, bien formado, buena figura, que sería notario y cuyos padres han reunido una suma de cuarenta ó cincuenta mil francos, era para ellos el absurdo de los absurdos.

Bernardo, al tratar de hacer variar de determinación á fuerza de puños á la recalcitrante joven, obraba, pues, en interés de su dicha.

Así es que cuando contó á los autores de sus días, en el seno de la familia, lo que había ocurrido, sus «modales» con Aurora y la intervención del intempestivo cojito llamado Jorge de Caylus, se sulfuraron.

Claudia, más diplomática que su marido, se mostraba menos excitada, pero el marido hablaba nada menos que de tirar su zacho á la cabeza de aquel parisien que se había encontrado tan inoportunamente donde nada tenía que hacer y que se mezclaba en los asuntos que no le importaban.

Después vino la reflexión.

Chavarux padre había recapitulado, en compañía de la antigua sirvienta del señor Pilet-Desbuttes, las ventajas de su buena colocación en el castillo de Aubignac.

Todo pesado, los Chavarux se decidieron á pedir perdón.

Se resignaron á hacer una visita al joven señor de Caylus, sacrificando al bribón de su hijo sobre el altar del interés.

—¡Qué quereis, mi querido señorito,—decía Claudia medio llorando—en el país, los jóvenes tienen la sangre caliente, y nuestra Aurora es una joven tan guapa!

No tuvo necesidad de insistir.

El joven Jorge de Caylus lo sabía mejor que nadie.

La Claudia llevó su elocuencia hasta derramar lágrimas.

—¡Y además somos tan afectos á vuestra familia, señor conde!

Jorge de Caylus no tenía más que un defecto. Era demasiado bueno.

Perdonó y los Chavarux conservaron su colocación con una condición:

Que Bernardo Chavarux no volvería á poner los pies en el castillo.

Vichy no estaba léjos y sus padres podían verle cuando quisiesen.



Pero las ideas del pasante del señor Pilet-Desbuttes se habían ensanchado.

Vichy no le bastaba ya.

Necesitaba París, un campo muy extenso para sus operaciones.

—¡Que me manden allá—decía á Claudia,—y se verá de lo que soy capaz!

Lo que le atraía, era en primer lugar ese mirage universal que ha deslumbrado á tantos otros, la visión del oro, de millones fácilmente ganados, negocios colosales que se presentan á cientos, el espacio sin límites abierto á su impaciente actividad.

Además había otra cosa.

Era en París donde se encontraba Aurora Milton. Bernardo Chavarux estaba seguro de esto y se decía que tenía una cuenta que arreglar con ella, que se volverían á ver.

¿No la había amenazado á su partida de Vichy?

Quería cumplir su palabra.

Bernardo salió para París llevando una carta de recomendación para el Sr. Merlin, notario, calle de Luis el Grande.

Esta carta estaba concebida en los términos más lisonjeros.

«Mi querido colega—decía el astuto señor Pilet,—os envió, confiando á vuestra benevolencia, un joven por quien tengo el mayor interés.

»No carece de cualidades.

»Me atrevo á decir que ha sido educado en mi escuela.

»Es un trabajador incansable, de quien no tendréis nunca la menor queja, os lo garantizo.

»Podéis confiarle todos los trabajos y contar con su celo, su abnegación y su docilidad.

»Si el exterior es un poco basto, pocos meses de París le pulimentarán, no temais nada.

»Confío en nuestra antigua amistad para el porvenir de mi protegido, cuyos padres son gente muy buena y honrada.»

Esta carta escrita en presencia de Claudia debía producir su efecto.

Bernardo fué acogido con los brazos abiertos.

En pocos meses supo conquistarse la confianza y el cariño del señor Merlin.

El señor Pilet-Desbuttes no había engañado á su colega de notariado respecto á las cualidades de su recomendado.

Bernardo Chavarux era un trabajador incomparable.

Nada le arredraba.

Se había empeñado en hacerse rico; todas las fuerzas de su espíritu tenaz y de su robusto cuerpo eran dirigidas hacia ese objeto.

Pero para esto, comprendía él que era preciso ganar primero á su patrón, conquistar su cariño é inspirarle confianza.

Esto fué su primer cuidado, y, en el momento en que el barón Saint-Aubin recibía el despacho del señor Pilet-Desbuttes, lo había conseguido hacia ya algun tiempo.

Además, Bernardo Chavarux no había salido de su país sin dinero.

Llevaba el bolsillo repleto sin que su padre hubiese hecho el menor desembolso.

El negocio se había arreglado en el despacho del señor Pilet entre él y su antigua sirviente.



Claudia había tenido con el viejo solteron una de esas conversaciones íntimas y secretas en la que ella repitió hasta la saciedad al notario en todos los tonos:

—¡Veamos! Vos sois justo, no podéis dejarle marchar sin nada... Ya sabéis... Y además ganáis bastante, puesto que no dais el dote. Ya sabéis... Los sesenta mil... Es preciso crearle una renta... Doscientos francos mensuales lo menos... ¡Trescientos no sería mucho!... ¡Esto no os arruinaría señor Pilet!... ¡Y el equipo!... En París es preciso vestir. Este muchacho os honrará. ¡Si yo quisiese hablar!... Pero no tenéis nada que temer... Sé contener la lengua... Soy muda como una estatua... Y sin embargo... ¡Lo que sufro con este bruto de Chavarux!... Y además. ¿Para qué queréis reunir tanto dinero?... Creo que no os lo llevaréis al otro mundo.

La Claudia había concluido por sacar á este avaro empedernido una pensión de trescientos francos mensuales para su hijo.

Y además cinco mil francos para los gastos de viaje, instalación y compra de ropas.

Así es que volvió á Aubignac tan contenta, que Chavarux la preguntó sonriendo maliciosamente:

—¿Qué es lo que tienes con ese bribón que te da el dinero con tanta facilidad?

—¿Qué te importa?—contestó ella—es para nuestro hijo. ¡Hará carrera y se convertirá en un personaje!

Bernardo Chavarux había, pues, entrado en París con buen pie.

El día siguiente al en que el barón Máximo había recibido el telegrama del notario de Vi-

chy, el pasante se preparaba á copiar en un despacho próximo al de su principal varios documentos que este le había confiado, cuando un criado le entregó una carta.

Le abrió y leyó con mucha sorpresa lo que sigue:

«Muy señor mío: Quisiera celebrar una conferencia con vos para pedir os algunos informes confidentiales.

»Se trata de un asunto que puede sernos provechoso á los dos.

»Os esperaré esta noche en casa de Durand, plaza de la Magdalena, esquina á la calle Real.

»Espero que me hareis el favor de cenar conmigo.

»Si no estuvieseis libre y quisierais que nos viésemos otro día, estoy á vuestra disposición.

»No teneis más que indicármelo.

»EL BARÓN MÁXIMO DE SAINT AUBIN.

»*Avenida del bos que de Bolonia.*»

Bernardo Chavarux creyó en un principio que se había equivocado.

El no conocía al barón más que de nombre y no le había más que entre visto una ó dos veces en el castillo de Aubignac.

Pero la direcciún del sobre que le habian entregado no dejaba lugar á dudar que la carta era para él.

Iban á dar las seis cuando le entregaron la carta.

Por suerte, el trabajo que el señor Merlin le

BIBLIOTECA DE MUSEO LÉNA  
ALFONSO...  
Año. 1880. MON. HIST. MUN. ALICANTE



había dado era corto: lo terminó en pocos momentos, y se dispuso á salir.

En el fondo estaba muy intrigado.

¿Qué le quería aquel barón, cuya reputación en el país era tan detestable?

El señor Pilet, sobre todo, no podía sufrirle.

¡Un disipador! ¡un manos rotas!

Bernardo Chavarux se preguntaba haciendo esfuerzos de imaginación, de qué negocio querría hablarle semejante perdido.

¿Qué relaciones podía haber entre ellos?

¡Y el barón le invitaba á comer familiarmente, como compañeros!

¡Evidentemente había en esto gato encerrado!

¿Después de todo, por qué no había de acudir á la cita?

Nada le costaba.

Chavarux se entregaba á estas reflexiones, yendo del estudio á la habitación que ocupaba en el cuarto piso de una casa de la Vignon, cerca del boulevard.

Este auvernés, apenas embarcado sobre aquel mar fértil en naufragios, tenía ya la seguridad del marino.

Al verle á la salida de la oficina recorrer las calles, detenerse ante los escaparates y dirigir miradas de inteligente discreción á las jóvenes que pasaban á su lado, apenas se hubiera reconocido al provinciano llegado á París pocos meses antes para hacer fortuna.

Un sastre hábil le había vestido convenientemente; el barbero le había arreglado la barba á la derniere; el sombrerero le había suministrado un sombrero de copa que le transformaba en gentleman. ¡Y hasta el zapatero había

empleado toda su habilidad en aquel parroquiano!

Cuando entró en su cuarto se sentó en una butaca, cruzó las piernas y volvió á leer la carta:

«A las ocho, calle Real, en casa de Durand.»

Después hizo su *toilette*.

Se puso un chaquet completamente nuevo, arregló el lazo de la corbata, se miró al espejo, se puso el gabán, limpió el sombrero y salió.

Tomó por la plaza de la Magdalena, muy despacio, por el camino más largo, porque disponía de más de media hora, y se hacía sin cesar estas dos preguntas, que le inquietaban:

—¿Qué diablos querrá? ¿Para qué esta cita? Y, sobre todo, ¿dónde está? ¿Dónde está ella, Aurora, la fugitiva, la desaparecida, la rebelde, la joven, que prefería la pobreza, el trabajo, los azares de la esclavitud al honor de ser su mujer y de llamarse la señora Chavarux? ¡Oh! A esta la profesaba un odio mezclado de brutal embriaguez y de furioso deseo.

Esta era su segunda pasión.

Porque era de esos que no saben anteponer nada al dinero.

¿Pero dónde diablos se habría metido?

Desde hacia seis meses que él estaba en París, no había pasado un solo día sin que hubiera hecho alguna pesquisa en busca de la joven.

Aquella misma noche miraba á todas las mujeres que encontraba y que de lejos pudieran tener algún parecido con Aurora Milton ó su amiga la señorita de Solmes.



Y nada, siempre lo mismo; sin embargo, era la hora de la salida de los talleres de los boulevares.

Las costureras, las modistas de la calle de la Paz desfilaban en grupos, coquetas, elegantes, risueñas, cansadas, sin embargo, por un largo día de trabajo.

Y en aquella multitud Bernardo Chavarux no encontraba á Aurora ni nada que se le pareciese.

Había entrado en la calle de la Paz, de allí volvió á la Plaza de la Magdalena por el boulevard, después de haber consultado su reloj.

La exactitud es una virtud que no cuesta nada. La tenía.

A las ocho en punto se paró en la acera enfrente de la casa Durand.

Justamente en aquél momento, un cupé tirado por un caballo bayo de primer orden, se detuvo cerca de él.

Se abrió la portezuela y un caballero de aire distinguido, de una elegancia irreprochable, un verdadero gentleman, joven y bien parecido, se apeó del coche.

Y al ver á Chavarux, preguntó saludando:

—¿El señor Bernardo Chavarux, creo?

Bernardo contestó en el mismo tono:

—¿El señor barón Saint Aubin?

—Sí, señor.

El barón hizo una seña al cochero, el cual volvió su caballo hacia la calle Real, y dijo á su invitado indicándole la puerta del restaurant:

—Entrad.

## XIX

## Ave de rapiña.

Entraron en una sala de la planta baja.

En un rincón había una mesa desocupada.

A ella se dirigieron los recién llegados.

El barón era uno de esos clientes con quienes los dueños de los establecimientos se muestran siempre solícitos.

Así es que en cuanto Durand notó su presencia en el establecimiento, se apresuró á ir á recibir sus órdenes, preguntándoles con una mirada.

Saint-Aubin contestó distraidamente:

—Sí, aquí estaremos bien.

Al mismo tiempo indicaba á Bernardo Chavarux un sitio.

Cuando estuvieron sentados, volviéndose al dueño del hotel ordenó:

—Dos docenas de ostras, puré Condé, truchas escabechadas... Bueno, y después dos perdices trufadas, ensalada, y luego veremos.

—¿Qué vino?

—Saint Emilion...

Entonces el barón Máximo se volvió hacia su invitado, preguntándole:

—¿Os parece?

—Muy bien.

Bernardo había perdido parte de su desconfianza.

Ya lo hemos dicho. Se agitaba en medio de aquella vida de París como en su elemento.

—Creía—dijo al barón,—que teniais que hablarme de cosas...